

vieron prisionero á Maximiliano, desde el 5 de febrero hasta el 16 de mayo de 1488.

En Bretaña, la campaña de 1487 no fué de resultados definitivos. En 1488, las tropas de Francisco II, del duque de Orleáns y del señor de Albret, los voluntarios ingleses conducidos por lord Scales y los contingentes facilitados por Maximiliano no pudieron contener la marcha del numeroso ejército mandado por Luis de La Tremoille y fueron derrotados en Saint-Aubin du Cormier (27 de julio); pero el único beneficio positivo de tan brillante victoria fué la captura de Luis de Orleáns. Francisco II solicitó la paz, y Carlos VIII, á cambio de algunas vanas promesas, se la concedió contra el parecer de su hermana: aquel fué su primer acto de autoridad personal (tratado de Verger ó de Sablé, 20 de agosto de 1488).

Francisco II murió en 9 de septiembre. La duquesita Ana era una precoz adolescente de trece años, de agraciado rostro y de carácter taimado, vivo y testarudo. A pesar de su juventud, quería conservar su independencia y la de su ducado y pretendía escoger un esposo á su gusto entre los numerosos príncipes que solicitaban su mano. Pero la Bretaña se hallaba en la mayor miseria, agotada por la guerra, el bandolerismo y la piratería; había en ella dos gobiernos, en Rennes el de la duquesa, apoyada por Dunois y el príncipe de Orange, y en Nantes el del mariscal de Rieux y de Alain Albret. El mariscal de Rieux recibió refuerzos ingleses y á Rennes llegaron tropas alemanas y españolas enviadas por Maximiliano y Fernando, y los bretones hubieron de buscar dinero para pagar á todos estos extranjeros. Carlos VIII, por su parte, reclamaba la tutela de las hijas de Francisco II, y el ejército francés, que permanecía acampado cerca de Rennes, saqueaba á más y mejor.

A decir verdad, la Bretaña no se consideraba más que como un envite, y aun no como un envite único, en la partida que iba á empeñarse entre el rey de Francia y los tres príncipes entonces coligados contra él: Enrique VII Tudor, Fernando *el Católico* y Maximiliano. El rey de Inglaterra esperaba pescar en aguas turbias y recobrar la Guiana; el rey de Aragón enviaba ya tropas á la frontera del Rosellón, y Maximiliano quería ser duque de Bretaña y trabajar luego para recuperar toda la herencia de Carlos *el Temerario*. «Por encima de todo debe ser salvada la Bretaña,» escribían Fernando é Isabel á su embajador en Inglaterra. También se hallaban puestas en tela de juicio las conquistas de Luis XI, pero afortunadamente Enrique VII estaba firmemente resuelto á no comprometerse, Fernando hallábase ocupado con los moros de Granada y Maximiliano tenía que habérselas con los flamencos y con el rey de Hungría.

Los años 1489 y 1490 transcurrieron en estériles negociaciones y á los consejeros de Ana de Bretaña parecían, como antes les había parecido á los de María de Borgoña, que un matrimonio con Maximiliano era la última tabla de salvación. Ana se casó por poderes con el rey de los romanos, pero éste no pudo socorrerla, y un pretendiente á quien aquella princesa había tratado duramente, Alain de Albret, entregó Nantes á los franceses en febrero de 1491. El príncipe de Orange y el mismo Dunois trabajaban entonces en

TOMO III

favor de Carlos VIII y Ana se veía abandonada por la nobleza bretona y por sus aliados extranjeros; y cuando el rey puso sitio á Rennes con un ejército numeroso, la joven duquesa comprendió que no tenía más remedio que aceptar la corona de reina. Su unión con Maximiliano, contraída sin el consentimiento de su soberano, era nula, y Carlos VIII y Ana de Bretaña se casaron en 6 de diciembre de 1491, cediéndose mutuamente todos sus derechos sobre Bretaña y comprometiéndose Ana, para el caso de que Carlos VIII muriera sin descendencia, á no casarse sino con su sucesor ó con el más próximo heredero del trono.

Aquel matrimonio, á pesar de algunas concesiones hechas á los bretones en materia de justicia y de impuestos, ponía término, en realidad, á su independencia y señalaba el fin de las coaliciones feudales del siglo xv. Fué también el último acto importante de los Beaujeu, quienes, en efecto, perdieron el poder en el momento crítico en que la reunión de la Bretaña desencadenaba la cólera de las casas de Austria, España é Inglaterra, y en que se requerían manos muy expertas para conservar la integridad del reino. La influencia de aquellos esposos sobre el rey había comenzado á debilitarse en 1488, en que por muerte del duque Juan II habían heredado el ducado de Borbón; pero la verdadera causa de la declinación de su autoridad fué que Carlos VIII se iba haciendo hombre, y sus compañeros favoritos, como Esteban de Vesc y el señor de Mioláns, le apremiaban para que se hicieran cargo del poder, á fin de compartirlo con ellos. En 28 de junio de 1491, el rey puso en libertad al duque de Orleáns, sin consultar á Ana de Beaujeu; y en 1493 el embajador de Florencia escribía: «Monsieur y Madama de Borbón no oponen su brazo al torrente.» El «torrente» era la locura de las guerras de Italia; y en efecto, al año siguiente partió Carlos para la conquista de Nápoles.

## CAPÍTULO VI

### LAS LETRAS Y LAS ARTES EN VÍSPERAS DE LAS GUERRAS DE ITALIA

I. Las condiciones nuevas. La imprenta.—II. Humanistas, literatos é historiadores.—III. Las artes.

#### I.—Las condiciones nuevas. La imprenta (1)

Durante el reinado de Luis XI y los primeros años del de Carlos VIII modificanse sensiblemente las condiciones del desenvolvimiento intelectual. En primer término, desaparecen ó se transforman algunas de las cortes de príncipes en las cuales había encontrado tan

(1) FUENTES Y OBRAS DE CONSULTA.—*Comptes de l'Hotel des rois de France*, edición Douet d'Arcq, 1865, *Le livre de raison de Bernard Gros*, edición Tholin, «Bulletin historique et philologique», 1889. Delisle, *Le cabinet des manuscrits*, tomo I, 1868. Van Praet, *Recherches sur Louis de Bruges, seigneur de La Gruthuyse*, 1831.—Respecto de la imprenta, véanse las bibliografías publicadas por H. Stein, *L'Histoire de l'Imprimerie, état de la science en 1895*, «Revue internationale des Archives, des Bibliothèques et des Musées», 1897; y *Manuel de Bibliographie générale*, 1898, apéndice I. Consúltense principalmente: A. Bernard, *De l'origine de l'imprimerie en Europe*, 1853; Jules Philippe, *Origine de l'imprimerie à Paris*, 1885; Claudin, *Histoire de l'imprimerie en France* (en curso de publicación).



generosos estímulos la precedente generación de poetas y de artistas. Ciertamente el rey Renato no muere hasta 1480 y que el señor de Gruthuyse continúa hasta 1492 coleccionando hermosos libros; pero Carlos de Orleans fallece en 1465 y la pequeña corte de Blois deja de ser un punto de cita de poetas. Con Felipe el Bueno pierden los literatos y los artistas a su más espléndido protector (1467), pues su sucesor Carlos el Temerario sólo es pródigo cuando á serlo le obliga algún interés político.

¿Puede decirse que Luis XI «menosprecia las obras de la inteligencia y se complace en aplastar en su germen al Renacimiento francés?» (1) «No soy gran literato,» y en cuanto al latín «no lo conozco,» ha escrito en cartas dirigidas al humanista Juan Jouffroy y á Galeazo Sforza; pero hay que reconocer que le agradaba mostrarse humilde, puesto que á sus protestas de ignorancia se opone el testimonio de los embajadores milaneses Cagnola y Visconti: «Su Majestad habla el italiano como nosotros y á veces mezcla en sus discursos algunas palabras latinas. En ocasiones estudia, según me han dicho y estoy dispuesto á creerlo, porque sus discursos así lo demuestran y porque cita á menudo las mejores autoridades.» En muchas de sus cartas se reconoce un estilo personal; aquellos billetes por él dictados «por la mañana, al levantarse,» son precisos y sobrios, y algunos, de una verbosidad burlesca ó de una rudeza seca y cortada, llevan impreso el sello de un talento fino y enérgico. En una palabra, Chastelain y Commynes tenían razón en afirmar que Luis XI era un «príncipe letrado.» No era seguramente un bibliófilo apasionado, puesto que á la muerte de Carlos el Temerario y de Jacobo de Armagnac no trató de apoderarse de sus magníficas colecciones de manuscritos; su biblioteca, á juzgar por lo que de ella sabemos, contenía principalmente libros de piedad, de medicina, de historia y de derecho, que diariamente necesitaba; pero sus mercedes á las universidades, á los sabios, á los estudiantes y á los impresores, demuestran que no desdenaba los productos de la inteligencia.

Dió varias pruebas de un gusto ilustrado por las artes y supo distinguir y atraerse á los mejores pintores y escultores de su tiempo: otorgó á Fouquet el título de «pintor del rey;» mandó ejecutar varias iluminaciones por un joven de Tours llamado Juan Bourdichón, que más adelante se inmortalizará pintando las *Horas* de Ana de Bretaña; y por último, Miguel Colombe esculpó en 1473 un proyecto de tumba para él y un relieve de alabastro que conmemoraba una caza del jabalí, en la cual el rey, sin la intercesión del Señor San Miguel, habría perdido la vida. La devoción de Luis XI fué un beneficio para todas las artes: hizo construir iglesias suntuosas ó elegantes, como las de Nuestra Señora de Clery y de Nuestra Señora de Behuard, y gastó sumas enormes en regalos de orfebrería para sus protectores celestiales. Sin ser indiferente á las producciones italianas, mostraba una preferencia evidente por el arte de orillas del Loira y por el franco-flamenco, y lejos de querer «aplantar en su germen al Renacimiento francés,» habríalo de buena gana favorecido; pero ni su carácter ni el género de su vida le predisponían para el papel de Mecenas.

(1) De Maulde, *Histoire de Louis XII*, tomo I, pág. 295.

Ana de Beaujeu era una mujer inteligente y letrada, pero durante su regencia hubo de llevar á cabo, como su padre, una pesada tarea. Afortunadamente fuera de esta corte francesa en donde no había tiempo para pensar en ellos, los literatos y los artistas encontraron todavía ilustrados y generosos protectores. La corte de Moulins fué, durante el reinado del duque de Borbón, Juan II, un centro intelectual muy brillante; Juan II, su hermano Carlos, cardenal de Borbón, y Luis, bastardo de Borbón, fueron bibliófilos y Mecenas. Su primo, Jacobo de Armagnac, duplicó el valor de la rica biblioteca que heredara de su abuelo Jacobo de Borbón y de su bisabuelo, el fastuoso duque de Berry (2), y aquella colección incomparable pasó, después de la trágica muerte del «pobre Jacobo,» á manos de Pedro y de Ana de Beaujeu, quienes, al convertirse en duque y duquesa de Borbón, enriquecieron á su vez la «librería» de Moulins.

Renato II, duque de Lorena, fué, como su abuelo el rey Renato, aficionado á las miniaturas. Luis de Laval, señor de Chatillon, mandó ejecutar algunas *Horas* espléndidas y ordenó que se «trasladasen y pusiesen del latín en francés las *Crónicas Martinianas*, y no porque no entienda y no conciba bien los libros y tratados latinos, sino para que todos estos hechos dignos de gran memoria sean más comúnmente divulgados (3).» Finalmente los cardenales Juan Jouffroy, Pedro de Foix, Ferry de Cluny y el mismo Baluc, aun sin ser gran literato, fueron fervientes coleccionistas. El cardenal de Estouteville y Luis I de Amboise han dejado, como veremos, magníficos testimonios de su gusto por las artes.

No conocemos tan bien el estado intelectual y el grado de cultura de la clase media; sin embargo, léanse los memoriales de Bernardo Gros, el cual, en su calidad de comendador del Templo de Breuil, administraba una hacienda de los Hospitalarios en Agenais, y veremos en ellos retratado á un hombre honrado á quien exaspera la brutalidad de los feudales, á un agrónomo que va en busca de los buenos métodos, á un administrador instruido y celoso que levanta el inventario de los archivos de su comendaduría, una inteligencia celosa é inventiva. Bernardo Gros habla someramente de tres descubrimientos por él realizados: una especie de fuego griego, unas granadas de metal y un medio para hacer oír la palabra humana «desde tan lejos como podría verse la luz de una vela.»

A medida que se irá conociendo mejor la historia intelectual de la última mitad del siglo xv, se verá más claramente, en nuestro concepto, que los hombres de aquella generación, nobles ó plebeyos, clérigos ó laicos, tuvieron muy buena voluntad para aprender. En las ciudades y en los campos fundáronse muchas escuelas nuevas, y á pesar de ser ya muy numerosas las universidades, Luis XI creó todavía otra en Brujas (1464),

(2) Nuestra Biblioteca Nacional posee por lo menos sesenta soberbios manuscritos que pertenecieron al duque de Nemours. Para él terminó Fouquet la ilustración de las *Antiquités Judaiques* cuyas primeras miniaturas habían sido encargadas por el duque de Berry.

(3) *Cronique Martiniane*, edición gótica de Antonio Verard, folio 2. Véase también una carta de Luis de Laval al rey Renato en el «Manuscrit,» 1894, págs. 8 y 9.

existiendo algunos indicios de que aquellas universidades y escuelas gozaban de gran prosperidad.

Por otra parte, habíase realizado recientemente un progreso inmenso: la imprenta había sido inventada é introducida definitivamente en Francia.

La historia de la invención de la imprenta es muy oscura. Considerar únicamente á Gutenberg como «padre de la tipografía» es una afirmación inadmisibles, pues como todos los grandes descubrimientos no fué éste obra de un solo hombre ni de un solo momento. A pesar de la multiplicación de los copistas, que formaban numerosas corporaciones, y no obstante el uso general del papel de trapo, los manuscritos eran todavía en el siglo xv un objeto de lujo; su inevitable carestía estaba en desacuerdo con la difusión de la instrucción y en muchas partes se buscaba un procedimiento mecánico para reproducir la escritura, procedimiento que poco á poco se llegó á encontrar.

El arte de tirar los grabados en madera, que los chinos desde hacía mucho tiempo practicaban, fué descubierto en Occidente en el siglo xiv (1), y esta fué la primera etapa del invento de la tipografía; la segunda se salvó, sin duda muy pronto, cuando se pensó en añadir á las estampas así reproducidas en gran número de ejemplares, un texto explicativo, no impreso en caracteres móviles, sino grabado sobre madera: por este sistema compusieron en los Países Bajos y á orillas del Rin, á principios del siglo xv, libros de devoción baratos como por ejemplo la *Biblia de los Pobres* que data aproximadamente de 1420. Estas impresiones «xilográficas» se obtenían, no por medio de una prensa, sino por el procedimiento rutinario del frotón, y la tinta empleada se confeccionaba con hollín desleído en agua de almidón.

Los inventores de la tipografía fueron los que concibieron la idea de componer un texto con caracteres móviles, de solicitar la impresión con una prensa, de fabricar caracteres móviles de metal y, por último, de substituir la tinta amarillenta y acuosa de los xilógrafos por una tinta negra, oleaginosa, de hermoso color y no difundible bajo la prensa.

En nuestro concepto, el libro más antiguo de los hoy conocidos que se imprimió en estas condiciones, es el *Speculum humana salvationis* (2), del cual existen cuatro ediciones muy antiguas, dos en latín y dos en holandés. Asimismo opinamos que este libro se imprimió en Holanda hacia el 1430, y que la tradición que atribuye el invento de la tipografía á Lorenzo Coster, de Harlem, encierra por lo menos una parte de verdad. Es indudable que en los territorios septentrionales de la casa de Borgoña hubo desde 1430 aproximadamente hasta allá por los años 1445 una escuela tipográfica que

(1) H. Bouchot, *Un ancêtre de la gravure sur bois: étude sur un xylographe taillé en Bourgogne vers 1370* (con bibliografía detallada de los orígenes del grabado), 1892.

(2) O *Especjo de la Salvación humana*, obra ascética muy popular en el siglo xv. Los grabados que adornan la parte superior de cada página están impresos todavía por medio del frotón, con una tinta amarillenta y acuosa. El texto está impreso en la prensa, aunque muy torpemente; aquella es la infancia del arte. Una de las dos ediciones latinas de este libro ofrece exactamente la transición de la xilografía á la imprenta, viéndose en él 20 páginas cuyo texto es grabado en vez de estar compuesto con caracteres móviles.

produjo, además del *Speculum*, obras destinadas á la enseñanza, como el *Doctrinale* de Alejandro de Ville-dieu y la gramática latina de Donato. Gutenberg, establecido cerca de Estrasburgo, realizaba entonces sus investigaciones en el mayor misterio, sin que, al parecer, hubiese producido nada todavía, y no pudo imprimir su famosa *Biblia* de cuarenta y dos líneas sino entre 1450 y 1455, muchos años después de su regreso á Maguncia, su ciudad natal, y gracias al dinero que le prestó el banquero Juan Fust (3). En aquella fecha habían desaparecido los talleres tipográficos de los dominios borgoñones, probablemente á causa de la imperfección de los procedimientos empleados (4). También en otro país, en Avignon, á las puertas de Francia, se trató quizás de establecer una imprenta en 1444 (5). Pero si Gutenberg no fué el único autor de aquel descubrimiento, fué quien acabó de constituir el arte tipográfico y quien aseguró el éxito definitivo del mismo, porque sus obras son admirables y porque en los quince años que siguieron á la publicación de su *Biblia* se abrieron las primeras imprentas de Alemania y de Italia, casi todas dirigidas por discípulos suyos.

En 1458, Carlos VII había enviado á Maguncia al champañés Nicolás Jenson, maestro de la Moneda de París, á fin de que tratara de sorprender los secretos de la nueva industria. No está probado que Jenson trajera tales secretos á Francia y únicamente se sabe que acabó sus días en Venecia, en donde imprimió magníficos libros. Es muy posible que durante los nueve primeros años del reinado de Luis XI, cuando ya había talleres de imprenta hasta en pequeñas villas de Alemania y de Italia, no los hubiera en Francia, hecho extraño que se explica por la hostilidad de los copistas contra los impresores. Cuando Fust, el antiguo comendario de Gutenberg, llevó en 1463 á París la *Biblia* impresa por su nuevo asociado Schoeffer, de tal modo fué acogido por la asociación de librerías, que huyó precipitadamente. Esto no obstante, los productos de la tipografía alemana no tardaron en afluir á Francia, siendo su importación

(3) Según el P. Misset, Gutenberg imprimió antes de 1450 un misal destinado á las diócesis del Rin (*Le premier livre imprimé connu*), «Bibliographie moderne,» tomo III, 1899.

(4) Felipe el Bueno, queriendo hacer imprimir el *Recueil des histoires de Troyes*, se dirigió á un tipógrafo de Colonia (entre 1464 y 1497). Aquel fué el primer libro de lengua francesa que se imprimió. Los Esiados borgoñones no volvieron á poseer talleres tipográficos hasta el reinado de Carlos el Temerario.

(5) Algunos documentos de autenticidad indiscutible, encontrados por el P. Requin en registros de notarios y fechados en 1444-1446, nos enseñan, en efecto, que vivía entonces en Avignon un joyero oriundo de Praga, Procopio Waldfoegel, que poseía «dos alfabetos de acero, dos formas de hierro, un instrumento de acero llamado tornillo, cuarenta y ocho formas de estaño y otras varias formas propias del arte de escribir,» y que fabricó para un judío «veintisiete letras hebraicas formadas y cortadas en hierro, así como instrumentos de madera, de estaño, y de hierro» y «todo el material para escribir artificialmente en latín.» (P. Requin, Documentos publicados en el «Bulletin historique et philologique,» 1890;—*Origines de l'imprimerie en France*, «Journal général de l'imprimerie et de la librairie,» 28 de febrero de 1891). El P. Requin y los bibliógrafos más eruditos han admitido que esto se refería á un material tipográfico; pero esta hipótesis ha sido recientemente combatida con mucha fuerza por G. Bayle en las «Mémoires de l'Académie de Nimes,» 7.ª serie, tomo XXIII, 1900; según él, los «instrumentos» de Waldfoegel eran letras cortadas, planchas, patrones y rejillas, destinados á los calígrafos, á los profesores de escritura y á los criptógrafos.



sabiamente protegida por Luis XI, como lo demuestra el hecho siguiente: habiendo sido confiscado en 1474 por los funcionarios reales, en virtud del derecho de extranjería, el depósito de libros que en París tenía Schoifer, el rey concedió á este, al año siguiente, una indemnización de 2.425 escudos, en atención al trabajo que se había tomado «por el dicho arte é industria de impresión» y «al provecho y utilidad que ello reporta y puede reportar á toda la cosa pública, así por el aumento de la ciencia como por otras cosas.»

Al fin tenía entonces París algunas imprentas: en 1469 y 1470, dos profesores, el alemán Juan Heynlin, prior de la Sorbona, y el saboyano Guillermo Fichet, bibliotecario del mismo colegio, habían mandado venir á dos bachilleres de la Universidad de Basilea, Ulrico Gering y Miguel Friburger, y á un obrero llamado Martín Kranz, y les habían instalado con sus prensas en los mismos edificios de la Sorbona. En 1472, estos «prototipógrafos» parisienses se establecieron por su cuenta en la calle de Saint-Jacques, y muy pronto tuvo París un gran número de talleres: Pedro Le Rouge imprimió en 1488-1489 una edición de *Mer des Histoires*, que es uno de los más hermosos libros que jamás se hayan impreso. Lyon tuvo desde fines del siglo unas cincuenta imprentas.

La expansión del nuevo arte en las provincias dependió principalmente de la iniciativa de los bibliófilos y de los letrados, debido á lo cual dióse el caso de que una aldea tuviese, por lo menos durante algunos meses, una imprenta antes de que se hubiese establecido una sola en la vecina capital. Los prototipógrafos eran muchas veces nómadas que, viajando con su pequeña prensa de madera y sus caracteres, se alojaban por una temporada en casa de algún bibliófilo generoso ó en un convento y componían y tiraban el libro solicitado, después de lo cual continuaban su camino. Así la primera localidad bretona en donde trabajaron los tipógrafos no fué Nantes ni Rennes, sino la pequeña aldea de Brehant-Loudeac, en la cual Juan de Rohán empleó durante ocho meses (1484-1485) á dos obreros que imprimieron para él una especie de pequeña enciclopedia religiosa, moral y jurídica en diez tomos.

## II.—Humanistas, literatos é historiadores (1)

Lo más selecto de los letrados de la Edad media había estudiado la mayor parte de las obras de literatura romana que conocemos; pero los textos que traducían, aprendían de memoria y plagiaban eran copias de copias; aquellas obras habían sido horriblemente

(1) OBRAS DE CONSULTA. — No hay obras de conjunto sobre los humanistas y los retóricos. J. Philippe, *Guillaume Fichet*, 1892 (Véase C. Couderc, *Documents inédits sur G. Fichet*, «Bulletin du Bibliophile et du Bibliothécaire», 1900). P. de Vaissiere, *De Roberti Gaguini vita et operibus*, 1896; C. Fierville, *Jean Joffroy*, 1874. Del mismo, *Etude sur Guillaume de La Mare*, «Mémoires de l'Académie de Caen», 1892. C. Couderc, *Journal de voyage á Jérusalem* de Louis de Rochechouart, «Revue de l'Orient latin», tomo I, 1893. Omont, *Georges Hermonyme*, «Mémoires de la Société de l'Histoire de Paris», tomo XII, 1885. Vallet de Virville, *Les œuvres de Georges Chastellain*, «Journal des Savants», 1867. A. de la Borderie, Jean Meschinot, «Bibliothèque de l'École des Chartes», 1895. H. Stein, *Etude sur Olivier de la Marche*, 1888 (extracto de las «Mémoires couronnés de l'Académie Royale de Belgique», tomo XLIX). Noticias de A. de Montaiglon sobre

desfiguradas por una serie de copistas ignorantes, que habían ido acumulando los errores y las correcciones necias, y no se pensaba poco ni mucho en «restituir las,» puesto que no existía en Francia la «crítica filológica.» La tipografía iba á poner término á la deformación de los textos. Guillermo Fichet comprendió perfectamente cuánto contribuiría al refinamiento y á la difusión de la cultura clásica y en una carta á su amigo Roberto Gaguin decía que el estudio de los autores antiguos «sacaría gran provecho del arte inventado por los impresores;» asimismo escribía á su colega Heynlin, á guisa de prefacio del primer libro que salió de la imprenta de la Sorbona:

«Las letras parecen haber estado sumidas casi en la barbarie á consecuencia de las incorrecciones cometidas por los copistas; por esto hemos de ver con la mayor satisfacción cómo se aleja este azote de la ciudad parisiense, gracias á vuestra sabia previsión. En efecto, los impresores que habéis hecho venir de Alemania á esta ciudad reproducen correctamente los libros según los manuscritos, y vos mismo veláis con una atención constante para que ninguna obra sea por ellos reproducida antes de haberla vos corregido minuciosamente, co-tejándola con el mayor número de manuscritos posible.»

Por otra parte, gracias á la multiplicación mecánica de los ejemplares, pronto había de ser posible la inauguración de una verdadera enseñanza literaria (2) facilitando á los alumnos el contacto con las obras maestras antiguas. En dos años Fichet y Heynlin hallaron modo de hacer imprimir en su pequeño taller veintidós volúmenes, que eran obras de clásicos latinos ó de humanistas italianos, ó tratados de gramática y de elocuencia, tales como la *Retórica* de Fichet, quien se proponía enseñar en ella «el arte de bien decir» acudiendo «á la fuente fecunda del genio griego y del genio latino.»

Era una verdadera revolución que comenzaba en la formación de las inteligencias. El general de la orden de los Maturinos, Roberto Gaguin, exclamaba en una composición en versos latinos dirigida á Fichet, en 1471: «La palabra de Cicerón, el padre de la elocuencia, resuena vehementemente en las cátedras de los profesores, en donde se leen mil obras de los antiguos;» y Fichet escribía á Gaguin en 1472:

Marcial de Auvergne (*L'amant renâu corâtelier*, publicado para la «Société des anciens textes», 1881); de Quicherat sobre H. Baudé (*Les vers de maître Henri Baudé*, 1856); de G. Paris y de Augusto Longnon sobre Coquillard («Travaux de l'Académie de Reims», volumen CI, 1896-1897, tomo I; «Romania», tomo XXIX, 1900). Compilación de E. Crepet y obras de Gastón Paris, Petit de Julleville, E. Picot, etc., citadas anteriormente, págs. 208-209. Respecto de los historiadores, las noticias que acompañan á las ediciones citadas en nuestras bibliografías. Sobre el historiógrafo de Luis XI, Juan Castel, memorias de Quicherat («Bibliothèque de l'École des Chartes», tomo II, 1840, 1841) y de A. Thomas («Romania», tomo XXI, 1892). Obras de J. Quicherat, del P. Ferret, citadas anteriormente, págs. 707 y 712 del tomo II.

(2) Hasta entonces no había habido enseñanza literaria en las Facultades de las artes; las «lecciones ordinarias» tenían por objeto la lógica; las «lecciones extraordinarias» eran más libres, menos exclusivistas, pero en ellas no entraban casi para nada (las humanidades.) La retórica era apenas atendida, considerándose como un simple anejo de la gramática y del derecho, y continuó siendo durante mucho tiempo desdeñada por la mayoría de los maestros, á pesar de los esfuerzos de los humanistas. (Thurot, *De l'organisation de l'Enseignement dans l'Université de Paris au moyen âge*, 1850).

«Siento la más viva satisfacción, muy erudito Roberto, viendo florecer en esta ciudad (París), que en otro tiempo las ignoraba, las composiciones poéticas y todas las partes de la elocuencia; porque cuando por vez primera abandoné el país de Baux, en mis años juveniles, para venir á París á estudiar la ciencia de Aristóteles, me sorprendió mucho no encontrar sino muy raras veces en todo París un orador ó un poeta. Nadie estudiaba noche y día á Cicerón, como hace hoy la mayoría; nadie sabía hacer un verso correcto, nadie rejuvenecía en sus versos las ficciones de otro, pues la escuela parisiense, desacostumbrada á la latinidad, apenas había salido de la ignorancia en todo discurso. Pero de nuestros días data una época mejor.»

La ausencia de Guillermo Fichet, que á fines de 1472 fué á establecerse á Italia, privó á Francia de su más activo apóstol del humanismo. Además, los libros impresos eran todavía raros y bastante costosos. Por último, aquella generación tuvo, como todas las anteriores, un vacío inmenso en su cultura clásica, puesto que sólo conoció una pequeña parte de la literatura helénica, y aun ésta por medio de traducciones latinas. Hasta 1476 no se estableció en París un profesor de griego, Jorge Hermonimo, oriundo de Esparta. El triunfo de la antigüedad iba á ser, por consiguiente, mucho menos rápido de lo que esperaban Fichet y su amigo el «fichetista» Gaguin; el humanismo no hacía más que anunciarse, pero se anunciaba.

Mientras un pequeño grupo de universitarios y de prelados, como Heynlin, Fichet, Gaguin, Guillermo de La Mare, el cardenal Juan Jouffroy y el obispo de Saintes Luis de Rochechouart, intentaban la restauración «del arte del bien decir» mediante un estudio profundo de la elocuencia latina, fundábase definitivamente la escuela de los «retóricos» que debía imperar en la poesía francesa hasta los tiempos de la Pléyade. Retóricos y humanistas se inspiraban en los mismos principios; unos y otros reanudaban una obra que había sido comenzada por los traductores y los buenos ingenios del siglo precedente y proseguida por aquel á quien los retóricos proclamaban padre suyo, Alain Chartier, «elevado y científico poeta, orador magnífico;» querían imponer leyes al estilo y bañar de nuevo la lengua francesa en su fuente, el latín.

Los principales cenáculos de los retóricos se fundaron bajo la protección de los duques de Borgoña, de Bretaña y de Borbón; los dominios flamencos de Felipe el Bueno y Carlos el Temerario con sus numerosas «Cámaras de retórica» y su corte ducal solemne y ceremoniosa, fueron la patria electiva de la nueva escuela. El «supremo retórico» del siglo xv fué el historiógrafo de los duques de Borgoña, el caballero flamenco Jorge Chastellain (1405-1475), en cuya escuela se formaron Pedro Michault, secretario de Carlos el Temerario, Oliverio de La Marche, escudero del mismo príncipe (1422-1501), y Juan Molinet, canónigo de Valencienno (1448-1507). El duque de Borbón daba una pensión á Juan Robertet, y Juan Meschinot (1420?-1491) era un gentilhomme de la guardia de Francisco II. Todos estos ingenios esclarecidos mantenían entre sí correspondencia, componían obras colectivas y se ensalzaban mutuamente. En su prosa afectada, llena de palabras latinas torpemente afrancesadas, Robertet alababa el

estilo de Chastellain en los siguientes términos: «¿En dónde está el ojo capaz de tal objeto visible, la oreja para oír el elevado sonido argentino y tintinábulo de oro? ¿No es acaso resplandor igual al carro de Febo? ¿No es acaso la flauta de Mercurio que adormece á Argos?»

Análogos galimatías se encuentran con frecuencia en las obras de los retóricos del tiempo de Luis XI y de Carlos VIII, de esos retóricos que gustaron con exceso de las rimas extrañas y opulentas, que inventaron infinitas dificultades prosódicas, que se devanaron los se-



Miniatura del Breviario del cardenal Grimani, obra de Juan Memling. (Biblioteca de San Marcos en Venecia.)

sos para producir obras maestras del género de aquella *Oraison á la Vierge* (*Oración á la Virgen*), de Meschinot, cuyos ocho versos podían combinarse de docientas cincuenta y seis maneras diferentes. Aquellos hombres desconocieron bajo muchos conceptos el genio francés y torturaron con gran torpeza el idioma bonito, lleno de sabor y expresivo, que se hablaba en el siglo xv. Y seguramente Pedro Michault es un necio y otro necio es «Molinet que moldeaba dulces vocablos al torno.» Sin embargo, sería injusto negar todo talento á los retóricos, puesto que tuvieron el mérito de comprender que para escribir bien es preciso tomarse mucho trabajo, aparte de que algunos de ellos han dejado obras del mayor interés.

Jorge Chastellain y Juan Meschinot, cuyos nombres apenas vemos citados en nuestras historias literarias, fueron muy célebres en los siglos xv y xvi, y lo fueron, sin duda, ante todo por la conformidad de sus obras con las manías literarias de la época, por su estilo rebuscado, duro y forzado, por las «visiones» y alegorías que sirven casi siempre de marco á su pensamiento, por su actitud afectada de moralistas algo pedantes y